

BIBLIOTECA

ELENA PONIATOWSKA

Leonora



Seix Barral



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2011

Elena Poniatowska

Leonora

CAPÍTULO 1

CROOKHEY HALL

Sobre el mantel de la mesa del comedor se agrandan los platos y los cuatro niños, Patrick, el mayor, Gerard y Arthur desayunan porridge; a Leonora le disgusta pero la niñera, Mary Kavanaugh, dice que en el centro del plato de avena encontrará el lago Windermere, el más bello y más grande de Inglaterra. Entonces la niña, cuchara en mano, come la avena desde la orilla y empieza a escuchar el agua y mira cómo pequeñas olas se frisan en su superficie porque ha llegado al Windermere.

De los ojos verdes de los tres varones, a ella le gustan más los de Gerard porque sonríen.

El comedor es oscuro, al igual que el resto de Crookhey Hall. Desde que es niña, Leonora conoce el hollín. A lo mejor la Tierra es una inmensa chimenea. El humo de las fábricas textiles de Lancashire acompaña sus días y sus noches y su padre es el rey de la negrura, el más negro de todos, el que sabe hacer negocios. También los hombres que ve en la calle son oscuros. Su abuelo inventó la máquina que fabrica Viyella, una mezcla de algodón y lana,

y Carrington Cottons destaca en la región cuyo aire tizna con sus cenizas. Cuando su padre, Harold Wilde Carrington, la vende a la firma Courtaulds, se vuelve el principal accionista de ICI, Imperial Chemical Industries.

En Crookhey Hall hay que dar muchos pasos para ir de un lado a otro. Dentro de la mansión gótica viven los Carrington, Harold el padre, Maurie la madre, Gerard, el hermano que sigue a Leonora y es su compañero de juegos, no así Patrick, demasiado grande, ni Arthur, demasiado chico. Dos cachorros scotch terrier comparten sus horas, *Rab* y *Toby*. Leonora se acucilla frente a *Rab* para mirarlo a los ojos y su nariz roza su hocico.

—¿Andas a cuatro patas? —le pregunta su madre.

Leonora le sopla a la cara y *Rab* la muerde.

—¿Por qué haces eso? Podría dejarte una cicatriz —se espanta la madre.

Si los adultos les preguntan a los niños por qué hacen esto y lo otro es porque no saben entrar a esa zona misteriosa que se crea entre los niños y los animales.

—¿Me estás diciendo que yo no soy un animal? —le pregunta atónita Leonora a su madre.

—Sí, eres un animal humano.

—Yo sé que soy un caballo, mamá, por dentro soy un caballo.

—En todo caso eres una potranca, tienes los mismos ímpetus, la misma fuerza, te lanzas sobre los obstáculos y los brincas pero lo que yo veo frente a mí es una niña vestida de blanco con una medalla al cuello.

—Estás equivocada, mamá, soy un caballo disfrazado de niña.

Tártaro es un caballito de madera en el que, desde niña, se columpia varias veces al día. «Galopa, galopa, *Tártaro*.» Sus ojos negros centellean, su rostro se afila, su

pelo es la crin de un corcel, las riendas se mecen locamente en torno a su cuello, que se alarga.

—Prim, ya bájate —pide Nanny—. Ya llevas mucho rato. Si no desmontas, tu padre va a venir a meterte a ti el freno entre los dientes.

Sus hijos tienen miedo de Harold Carrington. Viven aparte, su reino es la nursery, y saludan a sus padres una vez al día. A veces son requeridos por los adultos para la hora del té en la sala o en la biblioteca. Sólo les dan permiso para hablar si los interrogan: «¿Con limón o con leche?», pregunta su madre con la tetera de Sheffield sostenida en el aire por su brazo derecho. Tiene la curiosa costumbre de decir: «Por allí hay alguien que acaba de mancharse el vestido... Por allí hay alguien que está sorbiendo su té... La tinta negra se metió bajo las uñas de alguien a quien veo en este instante... Por allí hay alguien que señala con el dedo... Por allí alguien hace sonar su cuchara dentro de la taza... Por allí hay alguien que no se sienta derecho...» y los cuatro hermanos se enderezan al unísono. Leonora ve pasar a los sirvientes como corrientes de aire, no le hablan, o apenas. Sólo le dirigen la palabra la institutriz francesa, mademoiselle Varenne, la niñera, y el tutor de sus hermanos, que también a ella le enseña catecismo.

Eso sí, los adultos preguntan: «¿Cómo van tus estudios? ¿Podrías leerme en voz alta?» Las buenas maneras se aprietan contra los muros, los grandes espejos, los taburetes, las tazas de té hirviendo que hay que mantener derechas al llevarlas a la boca, las pinturas de antepasados incapaces de un solo guiño de complicidad. Aquí todo es rompible, hay que fijarse dónde pone uno los pies y mantenerse alerta.

—Leonora, ¿me informarías de tus progresos en clase? —Harold Carrington la mira con simpatía. Disfruta

su inteligencia. Leonora pone en tela de juicio las palabras de los adultos y a él eso le sorprende. La sigue con los ojos por los corredores de Crookhey Hall: la encuentra graciosa. En ella no escatimará esfuerzos ni dinero.

Las clases se devanan interminables una tras otra como las cuentas del rosario. Mr. Richardson, un gordito, tortura a Leonora con la clase de piano dos veces por semana. Los dedos largos de las manos de la niña alcanzan una octava y por ello el maestro le asegura a Maurie que su hija puede llegar a ser buena pianista. Cada vez que Richardson inclina su rostro al teclado, caen sus anteojos pequeños y Leonora los esconde hasta que él le implora que se los regrese. Luego siguen las clases de esgrima y de ballet, que se parecen entre sí: hay que saltar hacia atrás y hacia adelante y dar en el blanco. Preferiría correr por el jardín con sus hermanos a tomar clases de costura y bordado, y se pica las yemas de los dedos del coraje porque no le permiten salir.

Toda el ala derecha de la casa es de los hijos, Harold y Maurie los remiten a la institutriz y a la niñera. Mademoiselle Varenne come en la mesa con sus padres, mientras que la niñera irlandesa comparte el día y la noche con ellos, y por eso la quieren. A mademoiselle Varenne la despacharían a Francia con todo y *La Marsellesa*. Saben que algún día se irá, Mary Kavanaugh nunca. Aunque pequeña y delgada, es reconfortante apoyarse sobre su hombro o su regazo. Los imanta con sus cuentos de seres diminutos: los sidhes.

—¿Por qué no puedo verlos, Nanny?

—Porque viven bajo tierra.

—¿Son enanos?

—Espíritus que se corporizan y salen a la superficie.

—Pero ¿por qué viven enterrados?

—Porque los gaélicos llegaron de España capitaneados por Míl Espáine y conquistaron Irlanda. Entonces los sidhes descendieron al fondo de la Tierra para dedicarse a la magia.

—Si los sidhes fueran pequeñísimos yo podría verlos, yo todo lo veo, Nanny.

—Nadie ha logrado ver lo más pequeño, Leonora, ni siquiera los microscopios de los científicos: «*Big fleas have little fleas / upon their backs, to bite them. / Little fleas have lesser fleas / so on ad infinitum.*»

Los sidhes saltan sobre la mesa donde Leonora hace la tarea, se meten a la tina cuando se baña, en su cama cuando se acuesta. Leonora les habla en voz baja: «Vamos a bajar juntos al jardín, acompáñenme», «Mademoiselle Varenne es una peste, ayúdenme a desaparecerla», «Nos tiene hartos con sus participios pasados y sus subjuntivos». Así son los franceses.

—*Elle nous casse les pieds* —dice Leonora—. *She's breaking our feet* —le traduce a su madre—. «*Que tu voulusses, que nous fimes, que vous fîtes*» son los tiempos de verbos que ya ni los franceses usan. Bueno, ni Luis XIV los conjugó.

Los sidhes incluso son mejores amigos que Gerard: los dos han devorado a Jonathan Swift pero Gerard ya no quiere jugar a los liliputienses, ni a pedir audiencia al emperador Blefescu. A Leonora, la gente pequeña que sale de la tierra la aconseja, a Gerard ya no, ni se identifica con la Alicia de Lewis Carroll ni con Beatrix Potter que lleva a Peter Rabbit, su conejo, bajo el brazo. Ésas son cosas de niña. Los sidhes son más sabios que cualquier cosa en el mundo, más sabios que el pez grande en el estanque y eso ya es mucho decir porque el pez lo sabe todo. La niña se detiene en la orilla y él le dice que todo va a arreglarse y

los reflejos de plata de su lomo la iluminan. Claro, con la ayuda de Nanny.

—¿Puedo hacerte una pregunta que nadie ha podido contestarme jamás?

—Házmela.

—¿Cuándo va a morir mi padre?

—Eso sí que no lo sé.

—Nanny, ¿por qué tenemos que dormir de noche?

—Porque es demasiado oscuro para hacer cualquier otra cosa.

—Las lechuzas sí pueden, los murciélagos también. Siempre he querido dormir colgada de las patas como un murciélago.

—Sí, es una muy buena postura, circula la sangre en la cabeza —coincide Nanny.

Durante la noche, Leonora la despierta:

—Veo un niño sin ropa sentado en una rama del fresno y me está llamando.

Nanny se levanta y se asoma por la ventana:

—No hay nadie.

—Tengo que ir por él, se va a congelar bajo el sol blanco.

—El fresno es el árbol más grande y hermoso del planeta, tiene sus raíces en el mar, sus ramas sostienen el cielo y, al igual que el roble y el espino, lo habitan las hadas y no aceptaría ningún niño sin su permiso —le dice Nanny sentándose al borde de la cama mientras la niña vuelve a dormirse.

Lo mismo sucede cuando van a caminar alrededor de Crookhey Hall:

—Vi a un niño que me tendió su manita, una mano muy pequeña, y yo iba a darle la mía cuando gritó y se esfumó.

—No veo nada, Prim.

—No me digas Prim.

—Es que eres propia y estirada, mira como alargas el cuello.

—Detesto que me digas Prim. Mira, allá viene otra vez. Acaba de esconderse detrás de un árbol.

Nanny busca y le sonrío:

—Parece que atraes a los sidhes.

—Sí, quisiera que jugaran conmigo toda la vida.

—Si lees, Prim, nunca vas a estar sola. Te acompañarán los sidhes.

En la *nursery*, la niña los dibuja en la pared y su madre no la regaña porque ella también pinta la tapa de cajas que se venden en fiestas de caridad. Maurie dibuja flores que luego colorea, Leonora caballos y añade un pony tras otro sobre los muros blancos. Maurie admira la destreza de su hija: «Lo hiciste muy bien.»

Si Nanny le pregunta cuál es el juguete que más ama, Leonora responde:

—*Tártaro* es mi preferido. Detesta a mi padre.

Si la regañan, se sube al caballo. Si Gerard no quiere acompañarla al jardín, monta sobre *Tártaro* hasta que alguien entra a la *nursery*. Si la privan de postre a la hora de la comida, el balanceo de *Tártaro* suple con creces el sabor de cualquier pastel de chocolate.

El olor de los guisados la atrae, quizá porque entrar a la cocina está prohibido. Allí dentro burbujan los misterios de los *steak and kidney pies*, el *roast beef* y el *haddock*. La cocinera, vieja y amarilla, encogida al lado de la estufa, espera a que hierva el caldo. Su hija, que le sirve de galopina, le dice que si se siente mal, en el nombre de Dios, vaya a acostarse; ella puede suplirla perfectamente.

—Todo el día te quejas, mamá.

—¡Mula! —grita la cocinera—. ¡Me pudro de dolor y no me compadeces!

—¿Por qué mejor no te cuelgas? Hay muchos árboles afuera y la cuerda es barata.

—Debería haberte ahogado cuando naciste —responde la vieja arrugada de furia.

¿Puede la gente tratarse así? Leonora entra a un mundo distinto al de la *nursery*, como distinto es el de la caba-
lleriza, a la que sabe llegar sin encontrar a quien le impida
subirse a pelo, abrazar al potro, que alza sus orejas y re-
suella para recibirla. En la cocina domina el olor del cor-
dero. La sopa que hierve tiene mucho de establo, de pajar,
de estiércol, de aventura, de crin al viento de la que hay
que asirse para no caer y de descubrimiento, porque, ade-
más de cuchillos, los cajones guardan olores que segura-
mente vienen de Mesopotamia.

CAPÍTULO 2

LA NIÑA AMAZONA

En la *nursery*, Leonora revive las historias que le cuenta Mary Kavanaugh y las de su abuela materna, Mary Monica, en Westmeath.

—Irlanda es el cuadrado verde esmeralda del gran edredón que cobija la Tierra —dice Nanny.

—¿Y quién arropa a la Tierra para que se vaya a dormir?

—El sol. El sol es la cobija de los pobres. En Irlanda, también lo es la neblina.

Los Carrington recorren todos los días los caminos de Westmeath y de la neblina salen sombras que se materializan: pájaros, borregos, algún que otro zorro y, sobre todo, caballos como los que ama Leonora y pastores que llaman a su rebaño. Los cuatro niños salen a caminar hasta cuando llueve. «Es el agua del bautizo», dice Nanny, y cierran sus paraguas porque si a las lechugas y a las verduras les hace bien el agua, a los niños los vuelve frutas. La hierba se acuesta sobre la tierra, es su sábana, y a Leonora le gusta verla doblarse bajo el viento que la inclina suave-

mente hasta hacerla poner su mejilla sobre la almohada. ¡Qué tierra ésta tan dulce y obediente! Los árboles también se doblan al viento y sus ramas avanzan sobre las colinas. Regresan a la hora del té, los rostros enrojecidos y brillantes, el pelo cubierto por diminutas gotas de agua, y Leonora lleva en sí toda la energía equina de su tierra. «De veras pareces una yegua», le dice su abuela. Hasta le pregunta si tiene pezuñas en vez de zapatos de tanto que resuenan sus pisadas. «¿Cuántas potrancas llevas en cada pierna?» El paseo más glorioso es el del Belvedere, con su parque y sus jardines, que descienden como alfombra real hasta el lago. La abuela es la primera en levantar la cabeza:

—¿Qué nos van a contar hoy en la noche?

Le apasionan las historias que se relacionan con el amor: la de las tres manzanas de oro cuya música celestial suena al viento, y la de Caer, la joven que Aengus Mac Óg vio en la orilla del lago cuando se convirtió en cisne.

También le cuenta que Noé impidió que la hiena subiera al Arca porque comía cadáveres y ululaba imitando la risa del hombre. Pero después del diluvio universal se cruzaron el lobo y la pantera y la hiena volvió a nacer. A Leonora le obsesiona la hiena. Algunos relatos del Medioevo dicen que la hiena tiene dos piedras en los ojos y si alguien la mata, le saca las piedras y se las pone debajo de la lengua, puede predecir el futuro.

—Tú eres celta, eres cabeza caliente, tienes mi obstinación. Quizá también prive en ti lo sajón y te vuelvas calculadora —le dice su abuela, Mary Monica Moorhead.

Pat invita a dos amigos, salvajes como él, hijos del pastor Mister Prince, que amarran a Leonora a un árbol, la usan de blanco y la asaetan como a un San Sebastián.

Su padre va al club con otros caballeros que fuman y charlan acerca de qué nuevos miembros podrían ser elegi-

bles y allí toma el único whisky del día antes de cenar en casa; su madre recibe visitas y también las hace. Sale pronto diciéndoles: «Pórtense bien, voy a una venta de caridad. Pasaré a darles las buenas noches si llego temprano.»

La niña entra a la biblioteca paterna sin tocar. Nadie se atreve a abrir la puerta de esta habitación de ventanas estrechas que llegan al techo, de muebles de ébano, de alfombras persas que apagan las pisadas.

—Todos me odian porque soy niña. Cuando tomo clases, mis hermanos juegan.

—No vas a jugar juegos de hombre —responde Harold Carrington.

—Mis hermanos y sus horribles amigos dicen que las niñas no pueden hacer lo mismo que ellos y es mentira porque yo puedo hacer todo lo que hacen. Pego tan fuerte como Gerard y dibujo caballos, dragones, cocodrilos y murciélagos mejor que Pat.

—¿Quiénes son esos amigos?

—Los hijos del pastor Prince y cuentan los chistes más feos que he oído.

—Si quieres puedes acompañarme a jugar *curling* —responde admirado por el carácter de su hija.

—No me gustan ni las piedras planas ni los palos del *curling*. Quiero que me escuches. Tengo tres hermanos que hacen lo que quieren porque son niños. Cuando crezca voy a rasurarme la cabeza y embarrarme la cara con tu aceite para el cabello para que me salga barba. Pat tiene bigote y en la escuela de Stoneyhurst lo llaman «Bobby bigotes». Una vez lo llamé así y me pegó.

—Lo voy a castigar.

—Déjame continuar, papá. Soy la única que tiene que practicar el piano durante horas, lavarme todo el día, cambiarme de ropa a cada rato y dar las gracias para todo.

—Leonora, la formación de las mujeres es distinta a la de los hombres. A ustedes hay que educarlas para complacer.

—¡No quiero complacer! ¡No quiero servir té! ¡Lo único que quiero en la vida es ser un caballo!

—Eso es imposible... Y tampoco puedes ser una yegua. Sólo puedes ser tú.

—Mamá me dijo que tengo tan mal genio que seré una bruja antes de cumplir los veinte.

—Allí se equivoca tu madre. Tienes carácter y en eso te pareces a mí.

—Papá, no me importa si me arrugo toda antes de cumplir los veinte, lo que quiero es ir hasta el estanque cuando se me antoje, hablar con el pez grande y subirme a los árboles como los hombres.

Harold Carrington la observa desde su alta silla detrás de su escritorio. «Es mi hija —piensa—. Es Carrington de la punta de los cabellos hasta la punta de los pies.»

A la hora del café, después de la comida, mademoiselle Varenne informa de que la energía de la única Carrington triplica la de sus hermanos y es difícil controlarla. Entonces Harold Carrington levanta la vista del *The Times* y responde que su hija va a tener que desgastar ese sobrante de energía en la equitación.

Black Bess, su pony Shetland, nunca quiere galopar. Leonora grita: «*Gee up Bessie!*» y de repente *Black Bess* se suelta al galope, cuando antes ni siquiera se molestó en trotar. En la noche sueña que *Black Bess* gana el Grand National a pesar de su gordura. Imaginar que su pony, dulce y rechoncho, le lleva la delantera a *Flying Fox* es un gozo porque el *Zorro Volador* de su abuelo jamás ha perdido una carrera.

—Por favor, papá, dame otro caballo, ya estoy en edad, *Black Bess* nunca va a galopar como yo quiero.

Winkie es su nueva yegua. Con ella aprende a saltar. Una mañana se planta frente a las barras, Leonora cae y la yegua rueda encima de ella.

—No te pasó nada pero a lo mejor *Winkie* no es la montura apropiada.

—Yo adoro a *Winkie*, papá.

El caballerango le oculta a Maurie que su hija saca a la yegua de la caballeriza y monta a pelo a cualquier hora. Al principio se agarraba de las crines, ahora ya no. «Somos una sola», le dice a su madre. Cuando deja de galopar, se tira de espaldas, su cabeza y sus hombros sobre la grupa del caballo, y mira el cielo. Su madre monta en una silla de amazona. Madre e hija salen juntas al campo y en ese momento Leonora ama a su madre como un potro a su yegua. «Baja los talones», le dice Maurie. «No despegues tu trasero del albardón.» Madre e hija dan la vuelta al galope y sin mediar palabra Leonora dirige a *Winkie* al lago y la mete hasta adentro. Su madre se detiene estupefacta. Leonora y la yegua salen del otro lado con un gran ruido de agua levantada.

—¿Por qué hiciste eso? Estás empapada.

—A *Winkie* le gusta nadar y a mí ver cómo agita sus patas dentro del agua.

—La potranca desbocada eres tú, no ella. ¿Por qué haces locuras?

—No es una locura, es un experimento. ¿Nunca hiciste experimentos, mamá?

De los cuatro hijos, Leonora es la rebelde. Lo es por naturaleza y también porque montar le da una libertad de pájaro. *Winkie* es la más confiable, la que la entiende mejor, la cómplice. Apenas empieza a galopar, a Leonora le sucede lo mismo que con el *porridge*, llega al centro. Su yegua tiene huesos largos como ella, su pelambre brilla

como la que ella trae en la cabeza, la libera del miedo a los adultos que tanto exigen.

—*I am a horse, I am a mare* —le comunica a quien quiera oírla.

Gerard la comprende:

—Eres una *nightmare*, una pesadilla. En la noche oigo tus pezuñas en el piso y te he visto salir al galope por la ventana pero qué bueno que no lo eres de verdad, porque de serlo te irías para siempre.

Leonora llega tarde a la mesa.

—Perdón, me entretuvo un caballo que quería enseñarme su tesoro.

—Los caballos no hablan —dice Harold Carrington.

—A Leonora sí le hablan —la defiende Gerard—. He visto que la tocan en el hombro con sus belfos y le preguntan como está.

—¡Basta de tonterías! —Harold suelta su tenedor.

En los días de cacería, los *foxhounds* se alebrestan en la perrera. Locos por salir, ladran, rasguñan e imploran con sus ojos de oro. Regresan mojados, con la lengua fuera y riegan el piso con las burbujas blancas de su saliva. Su gran alboroto alegra la casa mientras viene el guardián a encerrarlos de nuevo. Si los caballos tienen su caballerango, los sabuesos tienen su cuidador, que se sabe todas las respuestas a las preguntas de Leonora. ¿Qué comen? ¿Cómo durmieron? ¿Cuándo nacerán los cachorros? ¿Cómo les quita las pulgas? Los perros lo rodean así como los cazadores rodean a Carrington, que les ofrece sherry o whisky y los hace mover la cola y reír a ladridos.

Durante días permanece el olor a establo, a piel de animales, a tierra, a sudor y a sangre.

Harold caza faisanes, cientos de patos silvestres, codornices, liebres, y miles de perdices que luego aparecen

en banquetes funerarios convertidos en patés, timbales, mousses, estofados. Con sus ojitos muertos, las codornices dan fe de la fuerza de la industria química paterna, que por algo se llama «Imperial». Harold también es emperador, clava su cuchillo en la carne. Y da órdenes. Traigan, suban, pongan, hagan, abran, condimenten. A Leonora le repugna que la cacería termine en su plato. Una noche soñó que un conejo ensangrentado amanecía muerto sobre su vientre.

Lo que Harold Carrington ignora es que el zorro ríe sentado tras de su silla, el lobo se asoma a la puerta y hace bizcos, el ciervo atraviesa la mesa, las perdices bailan tomadas de la mano; ya no son animales cazados, tampoco cadáveres, han ganado la partida y se ríen de las escopetas y de los *foxhounds* con su lengua fuera.

—Los perros son de raza, también los niños son de raza —presume la institutriz a Mary Kavanaugh, que la entiende a medias.

—Yo veo que los niños hablan con cualquiera: perros, gatos, patos, gansos que estiran el cuello y siguen su camino balanceándose.

—Mejor harían en insistir en su latín y en su griego. ¡Menos imaginación y más sabiduría es lo que yo les pido! El conocimiento es sinónimo de precisión y estos niños parecen adictos a la amapola.

—Es que a estos niños los animales les hablan hasta cuando lleven mucha prisa.

—Usted, Nanny, es responsable de su locura.

—Yo he alcanzado alturas a las que usted nunca llegaría, mademoiselle. Viajo por los espacios siderales.

—No me cabe la menor duda.

—Lo que pasa es que usted es francesa y los franceses tienen fijación por la materia. «Merde! Merde! Shit! Shit!»

Uno de los maestros jesuitas de Patrick, el padre O'Connor, aparece los domingos a celebrar misa en la capilla de Crookhey Hall, a la que asisten algunos vecinos e invitados. Aunque Harold es protestante y su único credo es el trabajo, Maurie impone su catolicismo. Además, el sacerdote es inteligente. Después de misa lo invitan a cenar y propone:

—Vamos a ver el cielo, aquí en el norte la espiral de la nebulosa de Andrómeda puede verse muy clara, y también otras constelaciones.

En el rostro de Leonora se refleja la luz de la estrella más brillante: Orión. «Mira, allá está Venus.» Los planetas giran sobre la cabeza de los niños. En la bóveda celeste, al norte de Inglaterra, los círculos de luz de Andrómeda son totalmente visibles:

—He visto esta espiral en mis sueños, ya la conozco, no es la primera vez —observa Leonora.

—Es que la línea que existe entre lo real y lo imaginario es muy tenue —responde el padre O'Connor.

—En mi familia me dicen que veo visiones desde que tengo dos años y nadie me cree, salvo Nanny y Gerard.

—¿Y Pat?

—Pat es autoritario y el que estudie en Stoneyhurst no es garantía de inteligencia.

—Hay hombres y mujeres que ven en sueños lo que va a sucederles.

—No tengo la menor idea de lo que pueda pasarme pero sí tengo claro lo que no quiero hacer.

—¿Qué es lo que no quiere hacer, Prim?

—No me diga Prim, lo odio. Lo que yo no quiero es lo que todo el mundo hace.

—Sí, tengo entendido que usted causa problemas.

El padre O'Connor se presenta no sólo por la misa

dominical sino porque la única mujer de los cuatro Carrington lo intriga:

—Cuando hay luna llena duermo muy mal.

—¿Por qué?

—Es que es loba —interviene Gerard—. ¿No la ha oído aullarle a la luna?

—Una noche vi una mancha sobre la alfombra y, como no recordaba haber tirado nada allí, levanté la vista y un reflejo de la luna se había tendido a mis pies. ¿Es cierto que la luna tiene guardadas catorce mil maldiciones? Una vez la vi ahogarse en el lago. ¿Hay agua en la luna, padre O'Connor?

—Si hay agua, hay vida.

—Pero ¿hay agua?

—Creo que los científicos aún no la han encontrado.

La niña lo sorprende. La curiosidad es para él la más grande de las virtudes, así como la sabiduría es el final de todo deseo. Quién sabe adónde la lleve su temperamento alucinado.

—La luna es un desierto con cráteres —informa Pat.

A la niña Leonora no hay por dónde llegarle. Los que la conocen y la tratan no saben qué se le va a ocurrir. Ríe poco, por eso al padre O'Connor le gusta verla sonreír y escuchar su risa. Cuando ella le dice que la raza humana no es superior a la equina, lo convence.